

## «CONVOCADOS A LA ESPERANZA»

Así, pues, yo, el prisionero por el Señor, os ruego que andéis como pide la vocación a la que habéis sido convocados. Sed siempre humildes y amables, sed comprensivos, sobrellevaos mutuamente con amor, esforzándoos en mantener la unidad del Espíritu con el vínculo de la paz. Un solo cuerpo y un solo Espíritu, como una sola es la esperanza de la vocación a la que habéis sido convocados. Un Señor, una fe, un bautismo. Un Dios, Padre de todos, que está sobre todos, actúa por medio de todos y está en todos. (Ef 4, 1-6)

Que el Dios de la esperanza os colme de alegría y de paz viviendo vuestra fe, para que desbordéis de esperanza por la fuerza del Espíritu Santo. (Rom 15, 13)

Mirad qué amor nos ha tenido el Padre para llamarnos hijos de Dios, pues ¡lo somos! El mundo no nos conoce porque no lo conoció a él. Queridos, ahora somos hijos de Dios y aún no se ha manifestado lo que seremos. Sabemos que, cuando él se manifestó, seremos semejantes a él, porque lo veremos tal cual es. Todo el que tiene esta esperanza en él se purifica a sí mismo, como él es puro. (1Jn 3, 1-3)

En esta meditación sobre «la virtud infusa de la esperanza», como sucede con la fe y el amor, tengamos presente cómo se enraíza en el ser de la persona humana. Ésta, creyente o no, vive vuelta hacia un futuro mejor. Anhela ser feliz, realizarse plenamente en el devenir de la historia. El ser humano crea sus utopías y trata de alcanzarla, basado en sus fuerzas y capacidades. El hombre está de camino hacia su futuro, aun cuando sueña con el pasado.

«La virtud infusa de la esperanza» convoca a las personas y comunidades hacia «un futuro absoluto», más allá de las esperanzas, expectativas y utopías soñadas por los humanos. La esperanza cristiana trasciende la temporalidad y el espacio; y este futuro absoluto se ha realizado ya en Cristo Jesús, resucitado de entre los muertos como primicias de los que mueren. El apóstol Pablo lo afirma en estos términos:

Pues si los muertos no resucitan, tampoco Cristo ha resucitado; y, si Cristo no ha resucitado, vuestra fe no tiene sentido, seguís estando en vuestros pecados; de modo que incluso los que murieron en Cristo han perecido. Si hemos puesto nuestra esperanza en Cristo solo en esta vida, somos los más desgraciados de toda la humanidad.

Pero Cristo ha resucitado de entre los muertos y es primicia de los que han muerto. Si por un hombre vino la muerte, por un hombre vino la resurrección. Pues lo mismo que en Adán mueren todos, así en Cristo todos serán vivificados. Pero cada uno en su puesto: primero Cristo, como primicia; después todos los que son de Cristo, en su venida; después el final, cuando Cristo entregue el reino a Dios Padre, cuando haya aniquilado todo principado, poder y fuerza. Pues Cristo tiene que reinar hasta que ponga a todos sus enemigos bajo sus pies. El último enemigo en ser destruido será la muerte, porque lo ha sometido todo bajo sus pies. Pero, cuando dice que ha sometido todo, es evidente que queda excluido el que le ha sometido todo. Y, cuando le haya sometido todo, entonces también el mismo Hijo se someterá al que se lo había sometido todo. Así Dios será todo en todos. (1Cor 15, 16-28)

«El futuro absoluto» existe y viene a nuestro encuentro, es «Alguien» y no una divinidad anónima. La esperanza cristiana no es algo, sino «Alguien», Cristo (Col 1, 5.23.27; cf. 1Tim 1, 1; 5, 5). Somos convocados por gracia a la «esperanza que nos está reservada en los cielos», a la «esperanza de la gloria», «del Evangelio». Una esperanza que es, en última instancia, «comunió» con Aquél que desplegó su poder resucitando a Cristo como primicias de todos nosotros (cf. Ef 1, 15-23; 4, 4; Flp 3, 10-11; 2Tes 2, 16-17; 1Tim 4, 10; 1Tit 1, 2; 3, 7). Conviene insistir en este punto.

La esperanza cristiana nos sitúa así ante el don de Dios. Quien pretende ser Dios, como el viejo Adán, es víctima del engaño de la serpiente. La esperanza del creyente no es una utopía de factura humana. La fe apostólica lo recuerda de múltiples formas. Hemos sido regenerados en Cristo «para una esperanza viva» (1P 1, 3ss). Nuestra esperanza está puesta en Dios (cf. 1P 1, 21; 3, 4). El cristiano, apoyado en la esperanza, cree contra toda esperanza (cf. Rom 4, 18), pues lo imposible para el hombre es posible para Dios. El cristiano avanza con la esperanza puesta en Dios; y no en sus posibilidades ni el cumplimiento de la ley. Los verdaderos creyentes proclaman: «Hemos sido salvados en esperanza». Y la prueba del don de Dios es que poseemos las primicias del Espíritu de la libertad filial, que clama en nosotros: «¡Abba, Padre!». No estamos ante una simple utopía, sino ante el Evangelio del reino de Dios, cuyo origen y protagonista es Dios.

El cristiano vive en tensión hacia un «todavía no», pero enraizado en el «ya» de la Pascua del Hijo venido en la carne, esto es, en su muerte, resurrección y glorificación. Por ello la comunidad pascual, la comunidad nacida de la Pascua del Señor, acosada por los poderes del príncipe de este mundo, pero animada y sostenida por el Espíritu de la verdad y libertad, ora con serena y gozosa esperanza.

El Espíritu y la esposa dicen: ¡Ven! Y quien lo oiga, diga: «¡Ven!». Y quien tenga sed, que venga. Y quien quiera, que tome el agua de la vida gratuitamente. Yo declaro a todo el que oye las palabras proféticas de este libro: Si alguien añade algo a estas cosas, Dios añadirá sobre él las plagas que están escritas en este libro. Y si alguien quita algo de las palabras de este libro profético, Dios quitará su parte del árbol de la vida y de la ciudad santa, descritas en este libro. Dice el que da testimonio de estas cosas: «Sí, vengo pronto». *Amén, ¡Ven, Señor Jesús!* La gracia del Señor Jesús esté con todos. (Ap 22, 17-21)

La dinámica de la esperanza cristiana encuentra su fundamento y garantía en la virtud teologal de la fe, como afirma la carta a los Hebreos: «La fe es fundamento de lo que se espera, y garantía de lo que no se ve... Por la fe sabemos que el universo fue configurado por la palabra de Dios, de manera que lo visible procede de lo invisible». (Hb 11, 1.3) Por el amor, derramado en nuestros corazones por el Espíritu dado, gozamos de la esperanza fiable, de la esperanza que no defrauda (cf. Rom 5, 5). Ahora bien, esta esperanza, lejos de llevarnos a desentendernos del mundo, nos obliga a trabajar en el futuro de la creación.

Pues considero que los sufrimientos de ahora no se pueden comparar con la gloria que un día se nos manifestará. Porque la creación, expectante, está aguardando la manifestación de los hijos de Dios; en efecto, la creación fue sometida a la frustración, no por su voluntad, sino por aquel que la sometió, con la esperanza de que la creación misma sería liberada de la esclavitud de la corrupción, para entrar en la gloriosa libertad de los hijos de Dios. Porque sabemos que hasta hoy toda la creación está gimiendo y sufre dolores de parto. Y no solo eso, sino que también nosotros, que poseemos las primicias del Espíritu, gemimos en nuestro interior, aguardando la adopción filial, la redención de nuestro cuerpo. Pues hemos sido salvados en esperanza. Y una esperanza que se ve, no es esperanza; efectivamente, ¿cómo va a esperar uno algo que ve? Pero si esperamos lo que no vemos, aguardamos con perseverancia. (Rom 8, 18-25)

En este horizonte maravilloso de la fe apostólica, he aquí unos puntos para la meditación y contemplación. En primer lugar recordaré cómo la esperanza es una dimensión constitutiva del ser humano. Luego veremos el contenido del don de la esperanza cristiana. En un tercer momento, presentaré algunas consecuencias con el fin de dar testimonio, con sencillez y respeto en la vida cotidiana, de la esperanza que no defrauda.

## I.- LA ESPERANZA: DIMENSIÓN CONSTITUTIVA DEL SER HUMANO.

Los seres humanos experimentamos, con frecuencia, la impotencia ante las fuerzas de la creación y ante ciertos acontecimientos históricos; pero lejos de resignarnos, tratamos de reaccionar y superar las adversidades. El ser humano lleva inscrito en su ADN las palabras del Creador:

Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó, varón y mujer los creó. Dios los bendijo; y les dijo Dios: «Sed fecundos y multiplicaos, llenad la tierra y sometedla; dominad los peces del mar, las aves del cielo y todos los animales que se mueven sobre la tierra». (Gen 1, 27-27-28)

En su intento de dominar los elementos de la creación, el ser humano sueña con vencer la misma muerte, aun cuando no lo consiga. Y es que Dios lo creó para la vida sin ocaso y no para la muerte. Si las personas y pueblos dejan de tener esperanzas y expectativas, se precipitan hacia su autodestrucción. Los animales y los humanos compartimos el instinto de la vida y la supervivencia, pero sólo los humanos buscamos de manera consciente forjar nuestro futuro. De entre los seres vivientes del mundo conocido por nosotros, sólo el hombre es creador de cultura. Fue creado libre y asociado a la obra creadora de Dios. Los demás seres vivientes están como codificados.

Con la bendición de Dios, la humanidad recibe la energía y la tarea de proyectarse hacia el futuro. *El deseo de progreso se halla inscrito en nosotros y, por tanto, es bueno.* El hombre es un ser en búsqueda de una realización más plena. No nace predeterminado ni codificado, está de camino. Se hace. Es un ser en devenir. Es su debilidad y grandeza. De ahí la importancia de la educación. El hombre es y se realiza en la libertad responsable.

Cierto, el ser humano se enraíza en la historia y en el polvo de la tierra, pero está vuelto hacia el futuro, es, de algún modo, *creador de su propio futuro.* El ser humano es un ser inquieto. Y esa inquietud le lleva a desear un futuro pleno de felicidad y vida. Busca, en última instancia, perpetuarse en el tiempo. Y así, sea o no consciente de ello, lo haga por caminos acertados o erróneos, poco importa, avanza de acuerdo con el designio de Dios, de acuerdo con su condición de bendecido y agraciado de Dios. El Concilio Vaticano II, en consonancia con las intuiciones del carisma de los Institutos Seculares, lo puso de relieve al afirmar la legítima autonomía de las realidades temporales.

Si por autonomía de la realidad se quiere decir que las cosas creadas y la sociedad misma gozan de propias leyes y valores, que el hombre ha de descubrir, emplear y ordenar poco a poco, es absolutamente legítima esta exigencia de autonomía. No es sólo que la reclamen imperiosamente los hombres de nuestro tiempo. Es que además responde a la voluntad del Creador... Por ello, la investigación metódica en todos los campos del saber, si está realizada de una forma auténticamente científica y conforme a las normas morales, nunca será en realidad contraria a la fe, porque las realidades profanas y las de la fe tienen su origen en un mismo Dios. Más aún, quien con perseverancia y humildad se esfuerza por penetrar en los secretos de la realidad, está llevado, aun sin saberlo, como por la mano de Dios, quien, sosteniendo todas las cosas, da a todas ellas el ser...

Pero si *autonomía de lo temporal* quiere decir que la realidad creada es independiente de Dios y que los hombres pueden usarla sin referencia al Creador, no hay creyente alguno a quien se le oculte la falsedad envuelta en tales palabras. La criatura sin el Creador desaparece. Por lo demás, cuantos creen en Dios, sea cual fuere su religión, escucharon

siempre la manifestación de la voz de Dios en el lenguaje de la creación. Más aún, por el olvido de Dios la propia criatura queda oscurecida. (GS 36)

Pablo VI en la encíclica, *POPULORUM PROGRESSIO*, recordó cómo el progreso forma parte de la vocación y de la responsabilidad personal y comunitaria. «En los designios de Dios, cada hombre está llamado a desarrollarse, porque toda vida es una vocación... Dotado de inteligencia y de libertad, el hombre es responsable de su crecimiento, lo mismo que de su salvación. Ayudado, y a veces es trabado, por los que lo educan y lo rodean, cada uno permanece siempre, sean los que sean los influjos que sobre él se ejercen, el artífice principal de su éxito o de su fracaso: por sólo el esfuerzo de su inteligencia y de su voluntad, cada hombre puede crecer en humanidad, valer más, ser más.. ». (PP 15) El progreso humano constituye «un resumen de nuestros deberes, personales. (PP 16-17) El progreso verdadero no puede hacerse al margen del designio del Creador, la vocación divina del ser humano. (PP 18-19)

Si bien el ser humano por sus propias fuerzas puede ser y valer más, sin embargo, no puede alcanzar por sí mismo el deseo primordial de su corazón inquieto: la sed de absoluto. La vocación de la persona humana, aun cuando ésta lo olvide o rechace, conviene no perderlo nunca de vista, es una sola, la divina (cf. GS 22). Las esperanzas y aspiraciones de nuestro mundo, aun cuando sean buenas y necesarias para llevar adelante la vida humana, se revelan que no son plenamente fiables, ya que están marcadas por la finitud en el tiempo y el espacio.

*La esperanza fiable*, la que no defrauda, brota del amor que el Espíritu derrama en nuestros corazones. *Una esperanza, que no se opone a las legítimas esperanzas y expectativas de la humanidad*. Todo lo contrario. Ella viene a perfeccionar y llevar a plenitud la apertura natural del ser humano hacia el futuro.

La acción evangelizadora, por tanto, debe tener en cuenta las esperanzas y expectativas de los hombres a la hora de presentar la esperanza que no defrauda. El carisma de la consagración secular tiene aquí un reto importante. Volveré sobre este punto al ver cómo ser testigos y servidores de la esperanza en nuestro mundo, cómo contribuir desde nuestro carisma a llevar adelante la nueva evangelización, la evangelización de la cultura y las culturas, a fin de inculturar el Evangelio en lo concreto de la existencia. En esta perspectiva, trataré de retomar alguna de las perspectivas que el mismo Pablo VI propuso en la exhortación apostólica, *Evangelii Nuntiandi*, a fin de realizar «una Iglesia evangelizada y evangelizadora».

## II.- CONTENIDO Y DINÁMICA DE LA VIRTUD TEOLOGAL DE LA ESPERANZA

El hombre puede, incluso debe, imaginar y elaborar utopías, personal y colectivamente, así como poner en marcha los medios oportunos para llevarlas a cabo. Pero dichas utopías, aun cuando se hallen dotadas de un fuerte componente ético, o bien carecen de la verdadera trascendencia o bien se mueven en la lógica de la provisionalidad y caducidad.

«El Evangelio de la gracia de Dios» (Hch 20, 24), «el Evangelio de Dios» (Mc 1, 14: Rom 1, 1), «el Evangelio de Jesucristo» (Mc 1, 1), «el Evangelio de su Hijo» (Rom 1, 9), no es de origen humano (cf. Gal 1, 11). Las obras de la ley no conquistan la salvación. «La esperanza de la gloria de Dios» (Rom 5, 2), es un don que el hombre está llamado a recibir libre y responsablemente mediante la fe. La esperanza que no defrauda proviene del amor que ha

sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado. La esperanza cristiana tiene su origen en el misterio de Dios uno y trino, «el Dios de la paciencia y del consuelo». (Rom 15, 4).

Así pues, habiendo sido justificados en virtud de la fe, estamos en paz con Dios, por medio de nuestro Señor Jesucristo, por el cual hemos obtenido además por la fe el acceso a esta gracia, en la cual nos encontramos; y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios. Más aún, nos gloriamos incluso en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación produce paciencia, la paciencia, virtud probada, la virtud probada, esperanza, y la esperanza no defrauda, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado. En efecto, cuando nosotros estábamos aún sin fuerza, en el tiempo señalado, Cristo murió por los impíos; ciertamente, apenas habrá quien muera por un justo; por una persona buena tal vez se atrevería alguien a morir; pues bien: Dios nos demostró su amor en que, siendo nosotros todavía pecadores, Cristo murió por nosotros. ¡Con cuánta más razón, pues, justificados ahora por su sangre, seremos por él salvados del castigo! Si, cuando éramos enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, ¡con cuánta más razón, estando ya reconciliados, seremos salvados por su vida! Y no solo eso, sino que también nos gloriamos en Dios, por nuestro Señor Jesucristo, por quien hemos obtenido ahora la reconciliación. (Rom 5, 1-11)

No estamos, por tanto, ante una utopía, creada o imaginada por los hombres, sino ante el don que Dios ha preparado para los que se entregan a él con amor. El evangelio es «fuerza de salvación» (Rom 1, 16-17). Hemos sido salvados en esperanza (Rom 8, 24) y esta esperanza nos está reservada en el cielo.

Damos gracias a Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, orando siempre por vosotros, al tener noticia de vuestra fe en Cristo Jesús y del amor que tenéis a todos los santos, a causa de la esperanza que os está reservada en los cielos y de la que oísteis hablar cuando se os anunció la verdad del Evangelio de Dios, que llegó hasta vosotros. Este sigue dando fruto y propagándose por todo el mundo como ha ocurrido también entre vosotros desde el día en que escuchasteis y comprendisteis la gracia de Dios en la verdad. (Col 1, 3-6)

Y más adelante, la misma carta recuerda la importancia de permanecer «inamovibles en la esperanza del Evangelio escuchado». Cristo resucitado de entre los muertos, el Viviente, es la esperanza de la gloria.

Vosotros, en otro tiempo, estabais también alejados y erais enemigos por vuestros pensamientos y malas acciones; ahora en cambio, por la muerte que Cristo sufrió en su cuerpo de carne, habéis sido reconciliados para ser admitidos a su presencia santos, sin mancha y sin reproche, a condición de que permanezcáis cimentados y estables en la fe, e inamovibles en la esperanza del Evangelio que habéis escuchado: el mismo que se proclama en la creación entera bajo el cielo, del que yo, Pablo, he llegado a ser servidor.

Ahora me alegro de mis sufrimientos por vosotros: así completo en mi carne lo que falta a los padecimientos de Cristo, en favor de su cuerpo que es la Iglesia, de la cual Dios me ha nombrado servidor, conforme al encargo que me ha sido encomendado en orden a vosotros: llevar a plenitud la palabra de Dios, el misterio escondido desde siglos y generaciones y revelado ahora a sus santos, a quienes Dios ha querido dar a conocer cuál es *la riqueza de la gloria de este misterio entre los gentiles, que es Cristo en vosotros, la esperanza de la gloria*. Nosotros anunciamos a ese Cristo; amonestamos a todos, enseñamos a todos, con todos los recursos de la sabiduría, para presentarlos a todos perfectos en Cristo. Por este motivo luché denodadamente con su fuerza, que actúa poderosamente en mí. (Col 1, 21-29)

La carta a los Efesios recalca cómo la salvación es obra de Dios, de su gracia: «por gracia estáis salvados, mediante la fe. Y esto no viene de vosotros: es don de Dios. Tampoco viene de las obras, para que nadie pueda presumir. Somos, pues, obra suya. Dios nos ha creado en Cristo Jesús, para que nos dediquemos a las buenas obras, que de antemano dispuso él que practicásemos» (Ef 2, 8-10) Y luego, refiriéndose a la situación de los paganos antes de su conversión, les recuerda que se encontraban sin Dios y sin esperanza.

Por tanto vosotros, los que un tiempo erais gentiles según la carne, llamados incircuncisos por los que se llamaban circuncisos en razón de una operación practicada en la carne, recordad que entonces vivíais sin Cristo: extranjeros a la ciudadanía de Israel, ajenos a las alianzas y sus promesas, sin esperanza y sin Dios en el mundo. Ahora, gracias a Cristo Jesús, los que un tiempo estabais lejos estáis cerca por la sangre de Cristo. Él es nuestra paz: el que de los dos pueblos ha hecho uno, derribando en su cuerpo de carne el muro que los separaba: la enemistad. (2, 11-14)

«La esperanza de la gloria», por tanto, no es algo, sino Alguien. Una esperanza que se funda en la promesa y acción de Jesucristo muerto, resucitado y exaltado. El evangelio según san Juan, aun cuando no use el vocabulario propio de la esperanza, lo expresa así:

No se turbe vuestro corazón, creed en Dios y creed también en mí. En la casa de mi Padre hay muchas moradas; si no, os lo habría dicho, porque me voy a prepararos un lugar. Cuando vaya y os prepare un lugar, volveré y os llevaré conmigo, para que donde estoy yo estéis también vosotros. Y adonde yo voy, ya sabéis el camino». (Jn 14, 1-4)

No dejemos de meditar en medio de las pruebas de la vida, *el himno de la esperanza*, como algunos han calificado el texto siguiente en que se afirma la fuente de toda esperanza:

Después de esto, ¿qué diremos? Si Dios está por nosotros, ¿quién estará contra nosotros? El que no se reservó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará todo con él? ¿Quién acusará a los elegidos de Dios? Dios es el que justifica. ¿Quién condenará? ¿Acaso Cristo Jesús, que murió, más todavía, resucitó y está a la derecha de Dios y que además intercede por nosotros? ¿Quién nos separará del amor de Cristo?, ¿la tribulación?, ¿la angustia?, ¿la persecución?, ¿el hambre?, ¿la desnudez?, ¿el peligro?, ¿la espada?; como está escrito: *Por tu causa nos degüellan cada día, nos tratan como a ovejas de matanza*. Pero en todo esto vencemos de sobra gracias a aquel que nos ha amado. Pues estoy convencido de que ni muerte, ni vida, ni ángeles, ni principados, ni presente, ni futuro, ni potencias, ni altura, ni profundidad, ni ninguna otra criatura podrá separarnos del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús, nuestro Señor. (Rom 8, 31-39)

La virtud teologal de la esperanza nos ofrece una profunda seguridad, tanto en los momentos de prueba como en los de éxito. Hemos sido salvados en esperanza, esto es, por la gracia de Dios. Puesto que Dios está por nosotros, nada ni nadie puede separarnos del amor revelado en Jesucristo. Necesitamos de una profunda conversión para conocer la verdad y caminar con los ojos puestos en el Señor.

Los profetas de la alianza denunciaban a Israel, pues, al buscar alianzas con los grandes del mundo, ponía su confianza en los medios humanos, dando así la espalda a Dios y a sus designios de paz y plenitud. Isaías criticaba al pueblo en estos términos:

¡Ay de los hijos rebeldes! —oráculo del Señor—, que hacen planes sin contar conmigo, que sellan alianzas contrarias a mi espíritu añadiendo así pecado a pecado, que bajan a Egipto sin consultar mi parecer, para buscar la protección del faraón y refugiarse a la sombra de Egipto. Pues bien, la protección del faraón será su deshonor, y refugiarse a la sombra de Egipto, su oprobio. (Is 30, 1-3ss; 31, 1-9)

Jeremías proscibía con contundencia el hecho de poner su confianza en los medios humanos, en lugar de apoyarse en el Dios del futuro. Era la desgracia y esterilidad de Israel.

Esto dice el Señor: «Maldito quien confía en el hombre, y busca el apoyo de las criaturas, apartando su corazón del Señor. Será como cardo en la estepa, que nunca recibe la lluvia; habitará en un árido desierto, tierra salobre e inhóspita. Bendito quien confía en el Señor y pone en el Señor su confianza. Será un árbol plantado junto al agua, que alarga a la corriente sus raíces; no teme la llegada del estío, su follaje siempre está verde; en año de sequía no se inquieta, ni dejará por eso de dar fruto. (Jer 17, 5-8)

El origen, artífice y meta de la esperanza teologal es Dios. Por ello la esperanza cristiana, la que no defrauda, se apoya en la fidelidad y poder del Señor, que lleva a cabo su palabra y promesa sin tardar. La fe es la sustancia, el fundamento y la garantía de la esperanza. En efecto, las promesas se han cumplido plena y novedosamente en Jesucristo.

*La virtud teologal de la esperanza*, en última instancia, nos pone en camino, con prontitud y alegría, incluso en medio de la noche, a *nuestro destino realizado ya en la carne de Cristo*, a la comunión trinitaria. Las arras de esta esperanza es el agapé, que derrama en nuestros corazones el Espíritu que nos ha sido dado. Por ello la esperanza teologal es fiable y no defrauda. Es una esperanza segura y firme, aunque incierta, pues debemos recibirla libre y responsablemente. La incertidumbre brota de nuestra frágil y débil libertad para acoger el don de Dios y caminar a la luz y fuerza del Espíritu de la verdad.

### III.- ALGUNAS CONSECUENCIAS PARA NOSOTROS.

La esperanza que no defrauda, por tanto, permite al creyente encaminarse hacia el futuro con la parresía del Espíritu, con la seguridad, aplomo y libertad de quien «ya» se sabe «salvado en esperanza». «El todavía no» es vivido con la fe de quien se sabe «ya» partícipe del triunfo definitivo. Que Dios hace nuevas todas las cosas, son palabras fieles y verdaderas: «Hecho está» (Ap 21, 5-6) La palabra de Dios permanece para siempre, como dice el profeta y el apóstol (cf. Is 40, 8; 1P 1, 24-25). La vida vence a la muerte, el amor derriba los muros de la enemistad, la luz vence a las tinieblas. Dios sigue conduciendo la historia. La fidelidad de Dios triunfa y se revela fulgurante en nuestra infidelidad. ¡Vivamos y hablemos como los profetas de la alianza y los apóstoles de la nueva alianza en la secularidad! ¡No a los profetas de calamidades y a los profetas soñadores!

La Iglesia existe para evangelizar, es su razón de ser. Nacida «de la acción evangelizadora de Jesús y de los Doce», es enviada al mundo por el Señor para evangelizar. Hasta que el vuelva, «permanece como un signo, opaco y luminoso al mismo tiempo» de la presencia de su Señor en la historia. «*Evangelizadora, la Iglesia comienza por evangelizarse a sí misma. Comunidad de creyentes, comunidad de esperanza vivida y comunicada, comunidad de amor fraterno, tiene necesidad de escuchar sin cesar lo que debe creer, las razones para esperar, el mandamiento nuevo del amor*». Para contribuir, de acuerdo con nuestro carisma, a esta hermosa misión de una Iglesia como «comunidad de esperanza vivida y comunicada», he aquí algunas indicaciones para la meditación y contemplación.

#### 1.- «*Mantengámonos firmes en la esperanza que profesamos*»

Así pues, teniendo libertad para entrar en el santuario, en virtud de la sangre de Jesús,

contando con el camino nuevo y vivo que él ha inaugurado para nosotros a través de la cortina, o sea, de su carne, y teniendo un gran sacerdote al frente de la casa de Dios, acerquémonos con corazón sincero y llenos de fe, con el corazón purificado de mala conciencia y con el cuerpo lavado en agua pura. **Mantengámonos firmes en la esperanza que profesamos, porque es fiel quien hizo la promesa.** Fijémonos los unos en los otros para estimularnos a la caridad y a las buenas obras; no faltemos a las asambleas, como suelen hacer algunos, sino animémonos tanto más cuanto más cercano veis el Día. Porque, si después de haber recibido el conocimiento de la verdad pecamos deliberadamente, ya no quedan sacrificios por los pecados, sino solo la perspectiva pavorosa del juicio y del furor del fuego que devorará a los enemigos. (Hb 10, 19-27)

Existen, sin duda, múltiples esperanzas, añoranzas y expectativas en el mundo, pero existe un gran déficit de la esperanza que no defrauda, como ya señaló Juan Pablo II. Hoy, como ayer, los cristianos estamos urgidos a ser testigos y servidores de la esperanza en el mundo, a mantenernos firme en «la profesión de la esperanza», fiados en la fidelidad de Dios. Esperar contra toda esperanza, conlleva ponerse en camino sin saber bien adónde vamos; pero con la seguridad que el Señor camina delante y detrás de nosotros.

Los profetas de la alianza fueron críticos con su pueblo y soportaron la contradicción, pero permanecieron firmes en la esperanza: fueron solidarios de la suerte del pueblo en todo momento, y sostuvieron, contra viento y marea, su esperanza. Denunciaban el pecado del pueblo, exhortaban insistentemente a la conversión, pero al mismo tiempo no cesaban de interceder por el pueblo y de anunciar la esperanza, apoyados en la fidelidad del Dios que recuerda su alianza, su palabra dada, que hace justicia sin tardar, cumpliendo su palabra.

Para ayudarnos a mantenernos firmes en la esperanza, hagamos memoria sin cesar de las promesas de Dios y de cómo se han realizado en la historia. Ahora bien, no confundamos las expectativas y utopías mundanas, que se cuelan en la misma Iglesia, con la esperanza que no defrauda. En el campo del Señor, el trigo y la cizaña crecerán juntos hasta el día de la siega, que Dios decretó en su sabiduría. Día desconocido para todos nosotros, incluso para su Hijo. «El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán. En cuanto al día y la hora, nadie la conoce, ni los ángeles del cielo ni el Hijo, solo el Padre». (Mc 13, 31-32) He aquí una palabra importante del apóstol para cultivar la esperanza. «Si somos infieles, él permanece fiel, porque no puede negarse a sí mismo». (2Tim 2, 13)

Si queremos mantenernos en la esperanza a la que Dios nos llama es importante vivir la existencia con un verdadero *espíritu de oración*, esto es, en un diálogo permanente con el Señor, pues de otra forma se corre el riesgo de confundir nuestros deseos y expectativas con la esperanza anunciada por el Señor. Por ello es necesario que nuestra oración empiece siempre por la escucha, la contemplación y el discernimiento.

Por eso, habiendo oído hablar de vuestra fe en Cristo y de vuestro amor a todos los santos, no ceso de dar gracias por vosotros, recordándoos en mis oraciones, a fin de que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de la gloria, os dé espíritu de sabiduría y revelación para conocerlo, e ilumine los ojos de vuestro corazón para que comprendáis cuál es la esperanza a la que os llama, cuál la riqueza de gloria que da en herencia a los santos, y cuál la extraordinaria grandeza de su poder en favor de nosotros, los creyentes, según la eficacia de su fuerza poderosa, que desplegó en Cristo, resucitándolo de entre los muertos y sentándolo a su derecha en el cielo, por encima de todo principado, poder, fuerza y dominación, y por encima de todo nombre conocido, no solo en este mundo, sino en el futuro. Y todo lo puso bajo sus pies, y lo dio a la Iglesia, como Cabeza, sobre todo. Ella es su cuerpo, plenitud del que llena todo en todos. (Ef 1, 15-22)

Estamos llamados a la esperanza, esto es, a llevar a plenitud lo que ya somos por gracia y que el Señor se comprometió a regalarnos. Escuchemos de nuevo esta palabra apostólica.

Mirad qué amor nos ha tenido el Padre para llamarnos hijos de Dios, pues ¡lo somos! El mundo no nos conoce porque no lo conoció a él. Queridos, ahora somos hijos de Dios y aún no se ha manifestado lo que seremos. Sabemos que, cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque lo veremos tal cual es. Todo el que tiene esta esperanza en él se purifica a sí mismo, como él es puro. (1Jn 3, 1-3)

La esperanza evangélica desencadena en los discípulos un real dinamismo de conversión, de apertura a la acción del Espíritu que nos injerta en el Santo de Dios.

## **2.- «Regenerados para una esperanza viva»**

Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor, Jesucristo, que, por su gran misericordia, mediante la resurrección de Jesucristo de entre los muertos, nos ha regenerado para una esperanza viva; para una herencia incorruptible, intachable e inmarcesible, reservada en el cielo a vosotros, que, mediante la fe, estáis protegidos con la fuerza de Dios; para una salvación dispuesta a revelarse en el momento final. (1P 1, 3-5)

El Dios creador y el Dios salvador es uno y único. El hombre creado a imagen y semejanza de Dios y el hombre redimido en Cristo es siempre criatura suya. La creación y la salvación son obra del Dios uno y trino; pero si en la creación, el hombre no dio su sí, en la salvación debe dar su consentimiento. En la salvación, la persona humana debe recibir libre y responsablemente el don de Dios. En Cristo, Dios nos estaba reconciliando con él (cf. 2Cor 5, 18-21), pero el hombre debe corresponder a la iniciativa divina. El Dios de la alianza espera la respuesta del hombre. Evangelizar supone ofrecer esta verdad a nuestro mundo. Escuchemos cómo lo expresa la carta a los colosenses.

Damos gracias a Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, orando siempre por vosotros, al tener noticia de vuestra fe en Cristo Jesús y del amor que tenéis a todos los santos, a causa de la esperanza que os está reservada en los cielos y de la que oísteis hablar cuando se os anunció la verdad del Evangelio de Dios, que llegó hasta vosotros. (Col 1, 3-6)

La esperanza que nos está reservada en el cielo motiva la fe en Cristo Jesús y el amor a los hermanos. El futuro prometido por Dios incide y determina el presente de los que han acogido el «Evangelio de la esperanza». Y este evangelio de la esperanza es la fuerza que nos pone en camino hacia el futuro que está viniendo a nuestro encuentro. El reino de Dios está germinando ya y la Iglesia es su germen en la historia (LG 5). Pablo en los Hechos de los Apóstoles decía a los judíos de Roma: a «causa de la esperanza de Israel llevo encima estas cadenas» (Hch 28, 20).

En Jesucristo, lo humano y lo divino se han unido de una vez para siempre. Todo fue creado en él, por él y para él. Él es el primogénito de la creación.

Él es imagen del Dios invisible, primogénito de toda criatura; porque en él fueron creadas todas las cosas: celestes y terrestres, visibles e invisibles. Tronos y Dominaciones, Principados y Potestades; todo fue creado por él y para él. Él es anterior a todo, y todo se mantiene en él. (Col 1, 15-17)

Esta maravillosa perspectiva se reveló en la Pascua del Hijo, en la plenitud de los tiempos. La salvación de Dios alcanza a la creación entera, pues la salvación aconteció en la carne del Hijo del hombre. Cristo es nuestra esperanza y la esperanza de la creación.

«Por la muerte que sufrió en su cuerpo de carne, habéis sido reconciliados para ser admitidos a su presencia santos, sin mancha y sin reproche, a condición que permanezcáis cimentados en la fe, e inamovibles en la esperanza del Evangelio que habéis escuchado: el mismo que se proclama en la creación entera bajo el cielo, del que yo Pablo he llegado a ser servidor». (Col 1, 22-23)

Así se comprende mejor lo que afirmó el Concilio: «El que sigue a Cristo, Hombre perfecto, se perfecciona cada vez más en su propia dignidad de hombre». (GS 41) También se entiende mejor que la vocación del hombre sea una, la divina (cf. GS 22). El designio de Dios es uno: recapitular todas las cosas de cielo y tierra en su Unigénito. (cf. Ef 1, 9-10)

El carisma de la secularidad consagrada es una gracia dada a la Iglesia, para que contribuir a superar el dualismo que disocia y, en ocasiones, contrapone lo humano y lo divino, lo profano y lo sagrado. En Cristo Jesús, la Palabra encarnada, el único Mediador, nuestra esperanza, el cielo y la tierra se han unido. Vivir la esperanza conlleva trabajar para pasar de condiciones menos humanas a más humanas, sabiendo que la más humana es la fe. Recordemos cómo Pablo VI presentaba el ideal al que debemos tender en la encíclica sobre el progreso de los pueblos.

### ***3.- Evangelizar con alegría la esperanza que anida en el corazón de la creación.***

«Que la esperanza os tenga alegres; manteneos firmes en la tribulación, sed asiduos en la oración, compartid las necesidades de los santos; practicad la hospitalidad». (Rom 12, 12-13)  
«Nosotros mantenemos la esperanza de la justicia por el Espíritu y desde la fe» (Gal 5, 5)

En la acción evangelizadora de la Iglesia hay, sin duda alguna, muchos elementos que son tributarios del tiempo y de la cultura, elementos secundarios que deben actualizarse de forma constante; pero respetando siempre lo esencial. El amor del Padre revelado por Jesucristo mediante el Espíritu Santo, no puede faltar nunca. Dios nos ha reconciliado con él en la Pascua del Hijo y nos ha dado el Espíritu de la santidad. Somos realmente hijos de Dios en el Hijo como lo atestigua el Espíritu de la verdad. La salvación comienza aquí y ahora, pero su plenitud está más allá. Por ello Pablo VI recordó que la evangelización ha de realizarse «bajo el signo de la esperanza».

Por consiguiente, la evangelización no puede por menos de incluir el anuncio profético de un más allá, vocación profunda y definitiva del hombre, en continuidad y discontinuidad a la vez con la situación presente: más allá del tiempo y de la historia, más allá de la realidad de ese mundo, cuya dimensión oculta se manifestará un día; más allá del hombre mismo, cuyo verdadero destino no se agota en su dimensión temporal sino que nos será revelado en la vida futura. La evangelización comprende además la predicación de la esperanza en las promesas hechas por Dios mediante la nueva alianza en Jesucristo; la predicación del amor de Dios para con nosotros y de nuestro amor hacia Dios, la predicación del amor fraterno para con todos los hombres —capacidad de donación y de perdón, de renuncia, de ayuda al hermano— que por descender del amor de Dios, es el núcleo del Evangelio; la predicación del misterio del mal y de la búsqueda activa del bien. (EN 28)

«Un mensaje que afecta a toda la vida» y que implica «un mensaje de liberación». La esperanza cristiana dinamiza desde dentro el deseo de una promoción integral de la persona humana, purifica y da plenitud a las esperanzas y expectativas verdaderamente humanas. No podemos ignorar las ambigüedades que nos acompañan siempre a los hombres. La liberación evangélica es integral y afecta a la persona en su totalidad.

Sirviendo las legítimas y necesarias esperanzas y expectativas de los hombres y mujeres de nuestro tiempo, es importante que con nuestras vidas y palabras den razón de la esperanza que no defrauda, de la verdadera liberación para la libertad del amor, tal como se ha realizado en Cristo, nuestra esperanza. Formar personas libres y dedicadas a la liberación de los demás, es ya una forma de servir la esperanza de la humanidad.

Para nosotros los cristianos es Dios quien asigna al ser humano los tiempos. Esperamos el futuro, pero no nos corresponde a nosotros fijar los tiempos y caminos por los que viene a nuestro encuentro, aun cuando estemos llamados a contribuir en su manifestación y a ofrecerlo a las personas con las que peregrinamos en la historia. Y esto porque no es en los medios humanos o en las circunstancias que la esperanza fiable encuentra su razón suficiente, sino en la promesa de Dios que determina el futuro. Los creyentes debemos aprender a esperar con confianza, tensión, inquietud, paciencia, atención, discernimiento y perseverancia. El testigo de la esperanza avanza con el aplomo y libertad del Espíritu, con la parresía que nos es dada.

No le toca al hombre planear su futuro absoluto, pero si es su vocación trabajar con los ojos puestos en el plan del Señor: recapitular todo en Cristo Jesús. El Antiguo Testamento afirma ya que el Señor es la esperanza del hombre. Israel entendía sus comienzos e historia esencialmente como cumplimiento de las promesas del Señor. Dios es la esperanza del fiel creyente y también el fundamento de las esperanzas y expectativas humanas. Pues bien en Cristo Jesús se han realizado plena y novedosamente la esperanza del pueblo de la alianza, así como las expectativas y esperanzas nobles de la humanidad. Las esperanzas son don del Señor en cuanto que él mismo es la esperanza.

Por ello, al tiempo que nos implicamos en la realización de las legítimas esperanzas humanas, debemos estar atentos para mostrar que ellas tienen su fundamento, en última instancia, en el Señor que promete y hace unos cielos nuevos y una tierra nueva, que superan todas las posibilidades humanas. ¡Nada ni nadie puede separarnos del amor de Cristo Jesús! Seamos testigos y servidores de la esperanza fiable.

Quien no ahonda su fe en el Dios de la esperanza, corre el peligro o bien de caer en el espiritualismo, que busca su consuelo en un más allá lejano e incierto, viviendo el presente con marcado pesimismo; o bien en un voluntarismo inhumano, para llevar a cabo sus esperanzas y expectativas. El que cree en el Dios de la esperanza, de la paciencia y del consuelo, se encamina hacia el futuro, confiando en la promesa. Sigue esperando radicalmente aunque los pasos dados sean relativamente pequeños y avance en la noche. No reduce lo nuevo a pobres novedades, ni cae en la tentación del superhombre. Escucha la promesa de Dios y se pone en camino con corazón manso y humilde, como el Siervo.

Para terminar, os invito a orar con el apóstol Pablo:

En todo momento damos gracias a Dios por todos vosotros y os tenemos presentes en nuestras oraciones, pues sin cesar recordamos ante Dios, nuestro Padre, la actividad de vuestra fe, el esfuerzo de vuestro amor y la firmeza de vuestra esperanza en Jesucristo nuestro Señor. (1Tes 1, 2-3)

En cambio nosotros, que somos del día, vivamos sobriamente, revestidos con la coraza de la fe y del amor, y teniendo como casco la esperanza de la salvación. Porque Dios no nos ha destinado al castigo, sino a obtener la salvación por medio de nuestro Señor Jesucristo, que murió por nosotros para que, despiertos o dormidos, vivamos con él. Por eso, animaos mutuamente y edificaos unos a otros, como ya lo hacéis. (1Tes 5, 8-11)